

## De la mentira a la farsa

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Por fin, Arabia ha admitido que Jamal Khashoggi está muerto. Lo que, a la postre, supone que hasta ahora había mentido. El pasado 2 de octubre el periodista saudí entró en el Consulado de Estambul de ese país con el objeto de arreglar los papeles de boda con su prometida turca y ya no se supo de él. Atendiendo a la versión oficial, salió tras recibir la documentación, pero, como denunció su novia, esto no fue así. La presión internacional ha forzado a que lo admitan. Aunque todavía quedan algunos aspectos por resolver en este asunto. En primer lugar, es necesario encontrar el cadáver, o lo que queda de él, con vistas a realizar la autopsia y averiguar las auténticas causas de su defunción. Según las autoridades turcas, está claro que fue asesinado ese mismo día. Los saudíes hablan de que pereció durante su retención dentro de las instalaciones diplomáticas, sin que hubiese premeditación.

El problema es que esta explicación no hay prácticamente quien se la crea y casa mal con la información que se tiene al respecto. Hay imágenes de la llegada a Turquía la víspera de un grupo de saudíes que, presumiblemente, habrían sido los autores del crimen. Miembros de seguridad del príncipe heredero, Mohamed Bin Salman, de la Inteligencia e incluso un médico. De algunos se han filtrado hasta los nombres. Por consiguiente, no eran unos incontrolados, como llegó a afirmar Donald Trump, sino unos elementos que fueron a Estambul a liquidar al reportero.

De hecho, dos aspectos alimentaron las sospechas. Por un lado, la amenaza de implantar sanciones en caso de que la desaparición inicial se convirtiese en homicidio. La reacción de Riad fue muy airada y amenazante, denotando culpabilidad. Por otro, lo poco convincente que debió ser la entrevista mantenida por el Secretario de Estado norteamericano, Mike Pompeo, en la capital árabe, porque, a su llegada a Washington, la Casa Blanca decidió anular la asistencia de su Secretario del Tesoro a la cumbre económica más importante de Arabia, la conferencia de Iniciativa de Inversión Futura. A partir de ese momento, pocas dudas sobre la fechoría.

En segundo lugar, Ankara deberá aclarar de dónde ha sacado las pruebas de audio y video que dice tener. Inicialmente se atribuyó a un posible infiltrado, algo que en seguida se tapó, puesto que hubiese podido generar muchos quebraderos de cabeza para la diplomacia de medio mundo. Y a continuación se nos dijo que Khashoggi tenía un reloj inteligente que estaba emitiendo señales al exterior. Este argumento ha sido cuestionado asimismo por algunos especialistas por considerar esta tecnología muy compleja y necesaria de unos determinados condicionantes que dudan que se pudieran dar en ese edificio y en ese instante. Mientras, el gobierno turco va haciendo filtraciones, pero no dice nada del origen de la fuente. Desde luego, anhelando el total esclarecimiento del caso, sería necesario ver y oír esas grabaciones, por muy espeluznantes que sean.

Dicho esto, y una vez que la mentira no puede sostenerse, hemos entrado en una nueva fase, la de la construcción de la farsa. Ya se ha mencionado que los saudíes esgrimen que Khashoggi falleció durante su retención. Es decir, que a alguien se le fue la mano. O lo que es lo mismo, que las órdenes no eran acabar con él. ¿Qué pretendían, sólo asustarlo? ¿Y para ello se tomaron la molestia de enviar a un grupo de quince personas desde Riad? Realmente no es verosímil. Su objetivo era claro y fueron allí a lo que fueron. La orden era evidente y venía de muy arriba. Arabia es una monarquía absoluta de carácter teocrático y, en consecuencia, es imposible la movilización de un

equipo tal sin un mandato explícito de alguien que detente el poder. Y es aquí donde comienza la farsa. Pues las autoridades saudíes van a procurar por todos los medios salvar la cara al gobierno y a la casa real, en especial al rey Salman y a Mohamed Bin Salman, sobre el que se dirigen todas las miradas. Por ende, están dispuestos a admitir que pereció en la misión consular, pero nada más. Hay que exculpar como sea al monarca y su heredero. La detención de 18 personas iría en esta dirección. Serían algo así como el chivo expiatorio de la operación.

Igualmente, una investigación que llegara a la conclusión de que el ejecutivo no ha estado implicado serviría para evitar las sanciones anunciadas por Estados Unidos. El propio inquilino de la Casa Blanca se ha apuntado a esta tesis y ha comentado que, de haberlas, aquellas no deberían afectar a los 110.000 millones de dólares en armamento anunciados el año pasado por Riad. Está claro que ni Khashoggi ni las libertades en Arabia valen ese dinero. Por eso, quizás con una especie de reprimenda baste, habiendo servido de prueba a Mohamed Bin Salman de hasta dónde puede llegar con sus perversos métodos represivos. Es verdad que no es la primera vez que se liquida a un periodista y en los últimos años ésta se ha convertido en una profesión de riesgo. La cuestión es que la mayoría de ellos ya no mueren en un conflicto bélico, como hace años, sino en espacios públicos o en sus casas o alrededores. Pero en este caso la gravedad es extrema, por tratarse de una sede diplomática, cuya primera función es auxiliar a sus ciudadanos. De ahí que esta salvajada no debería quedar en nada, si bien dudo que la comunidad internacional esté a la altura de las circunstancias.

21 de octubre de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 24 de octubre de 2018, p. 26